

llos de quienes nada se temía por su adhesión al nuevo orden de cosas ó por su carácter franco y leal, así fué Jean-Bon-Saint-Andre quien propuso al aristócrata capitán Villaret-Joyeuse para reemplazar á Morard.

Hízose la escuadra á la mar al objeto de proteger la entrada de un gran convoy procedente de los Estados-Unidos, que escoltaban dos navíos de línea al mando de Vantabel, embarcándose en *La Montagne* que mandaba el capitán Vignot, Jean-Bon-Saint-Andre. Prieur de la Marne, otro de los representantes de la Convención, la despidió haciéndole jurar que volverían triunfantes de Inglaterra.

El día 28 de Mayo de 1794, se encontró esta escuadra con la del almirante Howe que había reemplazado á Rodney, muerto dos años antes, que también había salido á esperar el convoy. Una y otra tenían igual número de navíos, veintiseis. Durante tres días las dos escuadras se cañonearon y se atacaron sin resultado, lo que evidentemente era ya casi una victoria por la marina francesa, pues ni aún habiéndolo tomado Howe la delantera para cortar la línea francesa pudo conseguirlo con exponerse á un fuego terrible, pero llegó el 1.º de Junio, y Howe, reforzado, decidió dar un ataque decisivo. Los buques se colocaron á tiro de pistola y la escuadra francesa fué atacada por su centro y retaguardia. El fuego de la artillería y el estado del mar que era bravo, llevó una y otra escuadra muy pronto á confundirse, de modo que la batalla no fué sino una serie de desafíos de buque á buque, dándose el caso que repetidas veces á consecuencia de las maniobras para sostenerse ó buscar ó dar protección, se combatirían buques franceses é ingleses entre sí, sin embargo, *La Reina Carlota* que montaba Howe, estuvo siempre sobre *La Montagne* en donde había izado el pabellón el almirante Villaret, pero en toda la escuadra francesa ondeaban orgullosos los pabellones azules, en los que se leía en grandes letras de oro: *La victoria ó la muerte*.

Pero si en el centro se sostuvo la escuadra francesa, no sucedió lo mismo en la retaguardia cuyos seis buques cayeron en poder de los ingleses. Los que la mandaban estuvieron todos lejos de imitar á los valientes de *Le Vengeur*. Este buque tuvo que batirse contra tres ingleses. A punto ya de desaparecer porque hacía agua por todas partes, su heroica tripulación aferra el pabellón y se despide de los ingleses y del mundo disparando su última bordada á los gritos de ¡Viva la república! ¡Viva la libertad! De la tripulación del *Vengador* sólo se salvaron su capitán Renaudin, un hermano de éste,

algunos otros oficiales y una cuarentena de hombres que no quisieron participar de la gloria de los nominados del *Vengador*, pues se salvaron con las chalupas, siendo recogidos y prisioneros de los ingleses, detalle importantísimo para comprender el entusiasmo del pueblo que de esta manera sabía sacrificarse por la libertad.

Los ingleses se retiraron también de la línea de batalla con algunos buques menos, pero tan maltratados como los vencidos, consiguiendo unos y otros tomar puerto, incluso el gran convoy que llegó sano y salvo á Brest.

El Océano no oyó ya en el resto del año el estampido de los cañones de las escuadras francesa é inglesa.

La escuadra inglesa del Mediterráneo se ocupó en asegurar á Paoli, que había querido emancipar á su patria, á Córcega, de la dominación francesa, su triunfo. Bartia y Calvi sucumbieron gracias á la escuadra inglesa y á las tropas napolitanas que llevaban de desembarco.

En fin, los ingleses pudieron considerarse indemnizados por sus triunfos en las Antillas. La Martinica, la Guadalupe y demás posiciones francesas en aquellos mares cayeron en su poder, no sin haberse hecho célebre en su defensa el hijo de Rochambeau que Washington logró que los ingleses dejaran en Philadelphia enfermo. Pero el negro Toussaint-Louverture que defendía la parte francesa de la isla de Santo Domingo, contra ingleses y españoles, conseguía la victoria.

En Italia los piemonteses cedían á los franceses los pasos de los Alpes, mientras el ejército llamado de Italia, que mandaba Dumerbion y en cuya compañía iba de general de artillería Buonaparte y de representante el hermano menor de Robespierre, se apoderaba de otros pasos y se aseguraba para cuando el descenso á Italia.

Francia obtuvo también en esta campaña el triunfo contra España.

Celebróse el 14 de Marzo una reunión de generales junto con el Consejo de Estado para acordar lo que debería hacerse en la campaña próxima á abrirse. En esta sesión se leyó un papel del decano del Consejo, del Conde de Aranda quien alegaba nuevas razones para hacernos desistir de hacer la guerra á Francia, y como Aranda dirigiera severas censuras al ya Duque de Acudia, Godoy, éste se desató contra el conde y hasta hubo momentos en que estuvieron á punto de agarrarse, valiéndole á Aranda esta actitud su destierro á Jaen y un proceso criminal, y hasta su reclusión en la Alhambra de

Granada. Floridablanca y Aranda presos; hé aquí como trataba el rey de hecho, Godoy, á los grandes representantes de la España antigua.

El día antes, el 13 de Marzo, había fallecido Ricardos de muerte natural, y O'Reilly que le reemplazó murió igualmente, también, camino de Cataluña en 23 de Marzo de 1794. El Conde de la Unión pudo entonces encargarse del ejército.

Para defender toda la línea pirenaica, habíamos puesto, haciendo un considerable esfuerzo, sesenta mil hombres sobre las armas, de modo que en todos puntos carecíamos de fuerzas bastante numerosas para hacer frente al enemigo, que por medio de una hábil estratagema, se apoderó del campamento de la Boulou, y en la retirada á Bellagarde perdimos todos los bagajes y gran parte de la artillería.

Esta desgracia decidió la retirada al Ampurdán, pues las plazas fuertes anteriormente conquistadas fueron cayendo una tras otra en manos de los franceses. Pero viendo la Unión al enemigo temeroso de trasmontar los Pirineos, se lanzó sobre sus líneas que se extendían de Camprodón al mar, y ya era casi nuestra la victoria, cuando un refuerzo recibido á tiempo por los franceses nos obligó á retirarnos. Esta batalla no la consiguieron los enemigos sino á expensas de su general Mirabel que murió, y de las heridas más ó menos graves recibidas por Lemoine y Suaret y por el valiente general Augerau, uno de aquellos voluntarios de 1792 que se alistó para ganarse con la faja de general el derecho á una corona ducal que guardó hasta su muerte.

La campaña del triunfo de la república terminó con este combate.

Dugommier, al igual de los demás generales franceses, había cumplido el programa.

Una vez repasado el Pirineo, podían los franceses entregarse al recobro de San Telmo. Portvendres y Colliure que aunque valerosamente defendidas fueron todas cayendo en manos de los franceses. La misma suerte le cupo á Bellagarde que defendió heroicamente el marqués de Valdesantoso, pero tuvo al fin que capitular el 18 de Setiembre. En este día, pues, quedaba Francia purgada de extranjeros.

Pudo ahora Dugommier pensar en invadir á España y como contaba con fuerzas superiores á la Unión que derramó su ejército por una línea de ocho ó nueve leguas de puntos fortificados, de San Lorenzo la Muga al mar atacó esta línea por el punto llamado la Montaña negra logrando forzarla, pero con mala suerte, pues si bien consiguió la victoria, la pagó con su vida. Mayores fueron, sin embargo, las desdichas del conde de la Unión, pues perdió la

batalla que duró tres días,—17 á 20 de Noviembre de 1794,—y también la vida, tomando el mando del ejército el marqués de las Amarillas que lo retiró detrás del Bascara para cubrir á Girona, dejando encerrados en el fuerte castillo de Figueras á diez mil hombres que se rindieron sin disparar uno solo de los 200 cañones que tenía el castillo.

La rendición de Figueras,—27 de Noviembre,—sorprendió á todo el mundo áun al mismo Perignon que había reemplazado á Dugommier y que la obtenía con la simple amenaza de pasar á cuchillo su guarnición, y esto que sólo tenía el francés quince mil hombres, como al marqués de las Amarillas que veía rendirse una plaza de primer orden abundantemente provista de todo lo que se podía necesitar para un sitio en regla de seis meses. Entregas de estas, por fortuna, son raras en la historia de España, y Carlos IV indultando á Torres, Keating, Allende y Ortazar que confesó al francés que se habían rendido por falta de corazón, de la pena de muerte que les impuso el consejo de guerra, dejaron en pié la idea de una traición ó venta, cuyo alcance nadie podía comprender. Tan grande había sido la cobardía. De esta tan desgraciada manera terminó la campaña de 1794 en el Pirineo oriental. En el occidental no fué la cosa mejor sino todo lo contrario.

Había Francia llevado por aquel lado su ejército hasta 60.000 hombres y esto le permitió al general Moncey apoderarse de los Aldudes y de la entrada del Bastan, y como Caro viera que era imposible con sus fuerzas contenerles, propuso á Madrid abandonar el valle para defender únicamente los puntos de Vera é Irún, pero rechazado su plan se retiró y le substituyó el general conde de Colomera. Esto fué en Junio. En Agosto Moncey ocupaba á Vera, Irún, San Marcial, Fuenterrabía y Pasajes, no ciertamente con la facilidad de Figueras, pues, como en la Montaña negra, Cagigal les hizo pagar caros sus triunfos de Arizcum y peñón de Comissary.

Pero en la toma de San Sebastián se repitió lo sucedido ya en Figueras, sin embargo, para San Sebastián tenemos una explicación de Godoy que no se puede rechazar. Dice éste que el alcalde Micheleña y otros habitantes principales fueron seducidos por el convencional Piner que los había halagado con la promesa de hacer aquella provincia una república independiente, y que esto fué causa de que se entregara la plaza. Muriel, el gran adversario de Godoy dice: «que el espíritu de Guipúzcoa no era bueno y que en la rendición de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián habían influido los alcaldes

y vecinos de dichas plazas, y que la diputación tenía contra sí los indicios de haber retirado sus habitantes armados, y de no suministrar la menor noticia de los movimientos del enemigo.» Imposible, pues, en vista de tal concordancia negar lo que afirmó Godoy, y fácilmente se comprende que el gobierno ocultase su movimiento separatista que tan grandes consecuencias hubiera podido tener en la frontera del Pirineo de hacerse pública.

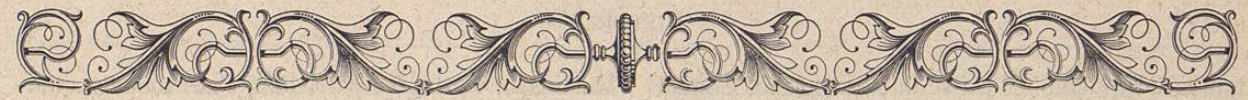
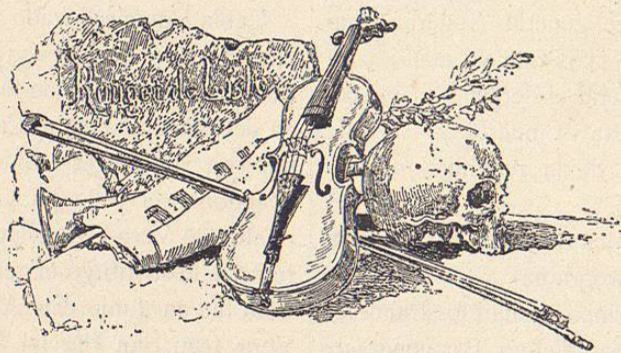
Claro está que dada esta disposición de ánimo de la provincia, el ejército había de desmoralizarse no encontrándose sostenido en ninguna parte y que los franceses no tuvieron mucho que hacer para apoderarse de Tolosa. Pero al pasar á Navarra fué ya otra cosa. Aquí la deslealtad no les abría el paso.

Los días 16 y 17 de Octubre la sangre corrió abundante por uno y otro lado, y los nuestros aunque inferiores en número pudieron contener el avance sobre Pamplona. Estos fueron los últimos combates del año, y el 29 de Noviembre volvía el

ejército español á sus antiguos acantonamientos. Esto es, la derecha en los Alduides, Orbaceita y Eugui, el centro en Ulzama, y la izquierda en Lecumberi y Arnaiz.

Si la campaña había sido desgraciada por lo mal atendida que fué, pues, nunca tuvimos en línea de batalla las mismas fuerzas que los franceses, el patriotismo se ensancha al ver que en medio de nuestra decadencia todavía el valor del soldado español era bastante á defender durante dos campañas la línea de los Pirineos y conseguir en una tercera campaña que nos ocupará en otro lugar que el enemigo no pudiera desprenderse de sus breñas.

Francia y la república habían triunfado. Seamos justos. Las circunstancias favorecieron grandemente su triunfo, pero sin el patriotismo y al entusiasmo de los republicanos y el genio de Carnot, el triunfo hubiera sido de los de la coalición que constantemente probaron cuan grande es la fuerza de un ejército acostumbrado á la disciplina militar.



CAPITULO XI

MUERTE DE ROBESPIERRE

Carnot hace aceptar por el Comité de salvación pública que en lo sucesivo no se procesará á ningún representante del pueblo.—Muerte de Condorcet.—Opinión de Saint-Just.—Concéntrase la justicia revolucionaria.—El terror en Bedoin: Suchet.—Las ejecuciones en París: muerte de Epremesnil, Thouret, Lechapelier y Malesherbes.—Muerte de Lavoisier y de la hermana del rey.—Carnot propone á los dos comités la acusación de Robespierre.—Hermann comisario de policía: consecuencias.—La fiesta del Sér Supremo.—Resultados y consecuencias de la misma dentro y fuera de Francia.—Tentativas de asesinatos contra Robespierre.—Sus resultados: muerte de Sombreuil.—Jornada de las camisas rojas.—Catalina Theot: inhumana política del Comité de seguridad general.—Pretenden Robespierre y Couthon reformar el procedimiento del Tribunal Revolucionario.—La Convención terrorizada lo aprueba.—Billaud-Varennes protesta en el comité de lo hecho por Robespierre.—La Convención se revota á propuesta de Merlin de Douai dejando en pie lo más infame del decreto.—Robespierre y Couthon presentan sus excusas.—Despecho de Robespierre.—Sus resultados.—Muerte de Guadet, la Salle, Petion, Buzot y Barbaroux.—Número de sentencias de muerte decretadas por el Tribunal Revolucionario.—Robespierre decide extremar el terror.—Muerte del general Beauharnais y de Chenier.—Robespierre se presenta en los Jacobinos y acusa á los indulgentes.—Acusa á Barere.—Payan convoca á los comités revolucionarios.—Iténtase una reconciliación en el seno de los comités.—Couthon denuncia á Carnot á los Jacobinos.—Los jacobinos acuden á la Convención contra Carnot.—Robespierre se presenta en la Convención y ataca á Cambon.—Cambon se defiende y ataca á Robespierre.—Billaud y Barere le apoyan.—Robespierre retrocede.—Es aclamado por la noche en las Jacobinos.—Billaud y Collot acuden allí á combatirlo.—Tienen que escapar.—Organízase la insurrección.—El 9 thermidor.—Opónese Robespierre.—Los comités no quieren tampoco la lucha.—Conspiración parlamentaria contra Robespierre.—Sesión de la Convención.—Prisión de Robespierre y de sus amigos.—Barras es nombrado comandante de la guardia nacional.—Robespierre en libertad.—Niégase á dar su nombre al movimiento revolucionario.—Ataca la Convención á la Comuna.—Robespierre herido y preso.—Actitud de Robespierre y de Saint-Just.—Se guillotina en masa la Comuna de París.—Efectos de la muerte de Robespierre.—Juicio de este hombre: E. Martín.



La liberación del suelo de la República de la presencia del extranjero, ocurría en los mismos momentos en que la república se libraba de un enemigo no menos terrible, del terror. Si Francia deseaba poner término al odioso espectáculo de una guillotina permanente en cada pueblo, los representantes de ese mismo pueblo sentían cada día más la necesidad de precaverse contra la facilidad con que se les enviaba la muerte, y esta necesidad en donde más se sentía era en el seno del comité en donde hemos visto que las amenazas de

muerte no se escaseaban. La de Danton y demás amigos suyos pareció un colmo, y el mismo día de la ejecución de Danton, Carnot formuló la moción, y el comité, no sabemos si aterrorizado ó avergonzado, la aprobó. En lo sucesivo, pues, no se debía decretar la acusación de representante alguno del pueblo. Con esta medida no se ponía fin al terror pero se indicaba claramente que era un sistema perjudicial á la república y desde este momento se podía reclamar en favor de todos los ciudadanos el beneficio de la vida que le concedían los represen-